
MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: EL PADRENUESTRO

Ponente: Gerald Procee PhD

LECCIÓN 10: AMÉN



The John Knox Institute
of Higher Education

Confíando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Rev. Gerald Process es pastor del Evangelio en la iglesia Christelijke Gereformeerde de Middelharnis, en Holanda.

Módulo

EL PADRE NUESTRO

Presentado en 14 Lecciones y llamado:
LA BELLEZA DE LA ORACIÓN

Dr. Gerald R. Procee

1. Introducción: Fundamento Bíblico y Bosquejo del Curso
2. Padre Nuestro Que Estas en Los Cielos
3. Santificado Sea Tu Nombre
4. Venga Tu Reino
5. Hágase Tu Voluntad, Como en El Cielo, así También en La Tierra
6. El Pan Nuestro de Cada Día Dánoslo Hoy
7. Perdonanos Nuestras Deudas Como También Nosotros
Perdonamos a Nuestros Deudores
8. No Nos Metas en Tentación, Más Libranos del Mal
9. Porque Tuyo es El Reino, y El Poder, y La Gloria
- 10. Amén**
11. Cuestiones Practicas Sobre La Oración
12. La Vida de Oración de Los Pastores
13. Dificultades en La Oración
14. Bendiciones de La Oración

Lección 10

AMÉN

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 10

Bienvenido a esta lección número 10, de las series sobre la belleza de la oración. Hoy estaremos estudiando la última palabra que el Señor nos enseña. Es la palabra “amén”. Después de que el Señor Jesús nos enseñó a pedir por el reino de Dios, el poder y la gloria de Dios y que Él debía recibir esto por la eternidad, después de llegar al final de nuestras oraciones y de haber presentado todas nuestras peticiones ante el Señor y haber buscado al Señor derramando nuestro corazón delante de Él, concluimos la oración diciendo “amén”. Sin duda esta es una conclusión de esta oración muy gloriosa y reconfortante, la palabra “amén”.

Algunas personas piensan que amén quiere decir “fin”, el final de nuestras oraciones. Ya podemos abrir los ojos porque la oración ha terminado. Pero ese no es el significado de la palabra “amén”. Amén, en realidad, es una hermosa palabra que viene del hebreo. En realidad es una palabra hebrea que quiere decir: “Esto ciertamente así será”. En el contexto de la oración, significa que después de haber expuesto nuestras necesidades ante Dios, podemos estar seguros de que Dios escuchará nuestras oraciones.

El Señor promete en Su Palabra que escucha la oración. Él es un Dios que se deleita en escuchar las humildes oraciones de Su pueblo, y lo hará. Cuando oramos conforme a Su voluntad y Su Palabra, el Señor nos dice varias veces que escuchará nuestras oraciones. Esa palabra “amén” es una conclusión muy fuerte para nuestras oraciones, “Así será”.

El Señor nos enseña en Mateo 7:7-8: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”. ¿Notas también aquí que el Señor Jesús repite la misma verdad seis veces, para que estemos convencidos de que Dios escucha la oración?

Encontramos hermosos ejemplos de eso en las Escrituras. Por ejemplo, Pedro estuvo preso. Hechos 12:5 nos dice: “Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hizo sin cesar oración a Dios por él”. Entonces, oraron por la libertad de Pedro y el Señor escuchó sus oraciones y puso a Pedro en libertad. El ángel del Señor entró en la prisión y liberó a Pedro sacándolo de allí. Entonces Pedro caminó hacia la casa donde se reunía la iglesia primitiva y tocó la puerta principal. Pero entonces te das cuenta de que ni siquiera creían que él estaba allí. Siguió tocando, y finalmente se dieron cuenta de que realmente era Pedro.

Ves que la respuesta del Señor a la oración no depende de si lo esperamos o creemos. La respuesta de Dios a nuestras oraciones no depende de nuestros sentimientos o de nuestras expectativas. Depende de la fidelidad de Dios; depende del poder y la gracia de Dios. Por lo tanto, debemos orar, orar sin cesar. No lo harás en vano. Expón todas tus peticiones delante del Señor, incluso si el Señor te escucha de una manera diferente de la que crees o incluso de la que esperas.

Para usar nuevamente ese ejemplo del apóstol Pedro, sabemos por la historia de la iglesia primitiva que más adelante fue a Roma. Allá en Roma, finalmente fue encarcelado y ejecutado. Podemos imaginar que la iglesia

de aquellos días también habría orado al Señor pidiéndole que lo sacara de la cárcel nuevamente, pero Dios respondió de manera diferente. Dios sacó a Pedro de esta vida y lo llevó a la gloria. Dios aún cuidó de Pedro, pero de manera distinta a la que la iglesia esperaba en sus oraciones.

Así que, a veces, Dios puede contestar a nuestras oraciones de manera distinta a la que imaginamos. Tal vez te es conocido el ejemplo del apóstol Pablo, que oró fervientemente tres veces para ser librado de un agujón en su carne, un cierto dolor que tenía, alguna gran necesidad urgente. Debe haber pensado: “Si este agujón en la carne no estuviera allí, podría hacer aún más por el Señor”. El Señor no le concedió lo que pidió; el agujón permaneció. El Señor le dijo a Pablo: “Bástate mi gracia”. Ves que el Señor respondió y escuchó, pero de manera distinta a lo que Pablo había esperado.

Pues verás, el Señor hace lo que es bueno y lleva a todo Su pueblo a ser fortalecido o a donde está Él en gloria. Él escucha la oración. Él hace lo que es bueno para Su pueblo. Él sabe qué están pidiendo en oración y les responderá. Qué realidad tan segura y tan abundante y qué bendición tan hermosa. Por eso podemos orar con expectativa. Deberíamos tomarnos nuestras oraciones en serio. Dios toma nuestras oraciones más en serio que nosotros mismos. Por eso, podemos concluir nuestra oración con esa pequeña palabra “amén”, lo cual implica que Dios escucha la oración.

Esa pequeña palabra “amén” es una confesión al final de nuestra oración de que creemos que Dios contestará nuestras oraciones. Al mismo tiempo esa pequeña palabra “amén” es también una invitación a tener fe. Expresar y pronunciar esa palabra “amén”, nos invita a tener la certeza y la confianza en el Señor de que Él escuchará. Él nos guiará y no tendremos ningún mal que temer, pues Él lo hará por nosotros. Esa pequeña palabra “amén”, es un llamado a confiar en Dios.

Ahora, ¿Qué significa esto para nosotros? ¿Oramos con fe? ¿Ejercemos la fe verdadera? Esta palabra “amén” es un llamado a un examen personal sobre si dependemos del el Señor con confianza o no. Al Señor le agrada tratar con Su pueblo a través de Sus promesas y esas promesas son un llamado a la fe, a creer, a confiar en el Señor.

Así que el Señor trata con nosotros por medio de Sus promesas. La fe es importante, pero hay mucha fe que no es verdadera fe, que no es la fe salvadora bíblica. También existe la fe falsa. Hay personas que se hacen llamar cristianos y que dan la impresión de que también confían en el Señor, pero que son falsos creyentes.

¿De qué forma podemos reconocer la fe falsa? La fe falsa está estrechamente relacionada con la idolatría. La idolatría es una realidad en la que remplazamos al Dios verdadero por un ídolo. Ahora, puede tratarse de un ídolo literalmente, puede ser una imagen. Solía suceder con frecuencia y todavía ocurre que en ciertas religiones se adoran ídolos. Pablo habla al respecto en Romanos 1:25: “Ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos”.

También podemos tener ídolos en nuestras vidas. Podemos creer y confiar en ciertas cosas, esperando recibir de ellas felicidad y gozo. Algunas personas creen en la sexualidad, otras en el dinero. Algunas personas son su propio ídolo. Se elevan y se impresionan de sí mismos. Creen que son tan importantes que terminan haciendo un ídolo de sí mismos. El apóstol Pablo incluso dice que algunas personas hicieron de su vientre un ídolo porque solo piensan en comer, beber y disfrutar de las cosas, pero eso todo es pecaminoso.

También puede ocurrir que las personas inventen su propia visión de Dios, eliminando todos los atributos bíblicos de Dios que no les gustan. Así que inventan a un dios a su gusto. Hay bastantes personas que hoy en día piensan que Dios solo es amoroso, que aprueba la iniquidad, que solo hace cosas bonitas y solo está allí para bendecirnos y para llevarnos al cielo después de esta vida. Pero esa es una visión deformada de Dios: un Dios que es solo amor y que nunca castiga el pecado, que nunca molesta a las personas. Esa es una visión equivocada de Dios. Ahora bien, este tipo de idolatría ocurre con frecuencia y es difícil de detectar porque también se habla de Dios y de Cristo, pero no es la fe verdadera. Es una fe falsa. Es idolatría. No tienen la visión bíblica de Dios, sino una visión de quién es Dios creada por ellos mismos.

Así que, la fe falsa está relacionada estrechamente con la idolatría. Una fe falsa también es delirante. Nos engaña, socava nuestra capacidad de pensar correctamente acerca de Dios y oscurece nuestro entendimiento. Romanos 1:21–22: “Se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios”. Pablo escribe en 2ª de Corintios 4:4: “En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos”. Estas son personas que siguieron al dios de este mundo, un ídolo o una visión de la vida centrada en el hombre, pero el resultado es que están cegados. Siguen el engaño, por lo que sus habilidades

racionales se ven comprometidas. Ya no podemos discernir entre la verdad y el error, estamos ciegos. Todos creen en algo, pero muchas personas creen en una mentira, y esa mentira los ciega y los endurece, porque la fe falsa es delirante.

La falsa fe es también un compromiso intencional con el mal. El hombre desea lo que es malo; eso se muestra en el hecho de que los hombres huyen la verdad de Dios, por ejemplo, Juan 3:19: “La luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”. Las personas no quieren a Dios. Se esconden de Él y no lo buscan en lo absoluto. No tienen ningún deleite en la Palabra de Dios.

Incluso, una vez que entras en ese patrón te vuelves adicto. Ese patrón va creciendo y se vuelve cada vez peor en una persona. Se convierte en un compromiso intencional con el mal. Entonces, ni siquiera quieren volver escuchar a Dios. Es una rebelión. Así que, solo hay dos alternativas: la fe genuina o la desobediencia desafiante. Entonces, esta es la realidad de la fe falsa y, es una característica del hombre natural, sustituir la verdad acerca de Dios por una mentira. Es cautivador. Arruina nuestra relación con Dios. Destruye nuestra alma y también arruina las relaciones con otras personas.

Para ser librados de la fe falsa y aprender a confiar verdaderamente en Dios, necesitamos que Dios nos salve. Necesitamos que el Señor ilumine nuestra mente y nuestro corazón. Cuando Su Espíritu obra en nuestros corazones y vemos cuán verdadero es Dios, cuán fiel es Él y que Su Palabra es verdadera, aprendes a confiar verdaderamente en el Señor y luego aprendes realmente a decir “amén” a Dios, y dices “amén” a todos Sus mandamientos y a Su Palabra. Entonces, tendrás sed de Su presencia en tu corazón y en tu vida, y eso es algo que debemos aprender: a vivir por esta fe verdadera que dice “amén” a Dios y a confiar en el Dios vivo.

Por lo tanto, debemos aprender a ejercer la fe verdadera, y eso puede ser bastante difícil. Tal vez te resulte difícil confiar siempre en Dios y esperar en Él. Espero que no abras un ídolo, más bien, que ames la verdad de la Palabra de Dios en vez de tener algún compromiso con el mal, y que puedas conocer en tu corazón cómo el Señor se ha vuelto demasiado fuerte para ti y que ha puesto el temor de Su nombre en tu corazón. Espero que esto sea lo que anhelas y aquello por lo cual vives. Y aún puede ser que te resulte difícil confiar siempre en Dios y esperar siempre en Sus promesas a través de la fe.

Verás, cuando te miras a ti mismo ves tus defectos, tus fracasos y también reconoces que Dios es un Dios Santo. Frente a tus defectos, ves que Dios es fuego consumidor. Puedes temer fácilmente, incluso después de haber recibido la gracia, la gracia salvadora; y luego preguntarte: “¿Seguiría habiendo gracia para un pecador como yo?” Tal vez estas siendo sacudido de aquí para allá. Tal vez estás en crisis. Entonces mira a Jesús. Míralo a Él. Observa cómo trata con Sus discípulos, que tan a menudo se extraviaban, se impacientaban y se llenaban de incredulidad.

Observa cómo el Señor Jesús trata con los pecadores en los evangelios. Vienen a Él y Él no rechaza a ninguno. Él dice en Lucas 19:10: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Él te declara en Juan 3:17: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”. Él anhela la salvación. Tenía compasión de la multitud porque los veía como ovejas sin pastor. Lloró sobre la Jerusalén impenitente que mató a los profetas. Ansiaba juntarlos como una gallina junta a sus polluelo. Mira los sufrimientos de Cristo. Pasó por una vida de penurias y miserias y pasó por la muerte más miserable. En todo esto, vemos en Jesús Su amor por los pecadores. Su amor por los pecadores es tan grande que se entregó a Sí mismo. No pienses que Él te rechazará con ira cuando corras al Él con todos tus fracasos, con tus pecados, con tus defectos, con tu indignidad, con tus luchas contra la incredulidad y con toda la debilidad de tu fe.

Ven a Él. El Señor es misericordioso y recibe a esas personas. Está lleno de bondad amorosa. Él se ofrece a ti libremente con toda Su habilidad para salvarte y bendecirte. Incluso dice en los últimos versículos de las Escrituras: “Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17). Nota cómo el Señor te invita amablemente en esta oración a esperar, solamente del Señor, toda gracia y toda salvación. Él te llama. Él expone ante ti todas tus necesidades, los asuntos importantes en tu vida, aquello por lo que necesitas orar. Puedes venir a Él, rogando por Su misericordia. Puedes confesar tu indignidad, suplicando Su justicia, y puedes sentirte alentado y consolado de que el Señor está dispuesto a escuchar tus oraciones muy por encima de tus expectativas. Eso es lo que ves ante ti en esta pequeña palabra “amén”. Qué bendito consuelo, qué gloriosa esperanza, mirarle. Puedes decir como en las luchas del padre de ese niño enfermo en Marcos 9:24: “Creo; ayuda mi incredulidad”.

Así que, “amén” es un llamado a confiar en el Señor. Es un llamado a adorar a Dios. Es un llamado a agradecerle por todas Sus bendiciones y Su fidelidad; y solo cuando oramos de acuerdo con Su voluntad podemos decir “amén” verdaderamente, después de orar. Él nos manda a decir “amén” después de que hayamos orado bíblicamente y eso consiste en orar enfocados en el honor de Dios, en la extensión de Su reino; y por eso suplicamos por el poder de Dios y buscamos primeramente Su reino y Su justicia. Eso es orar de acuerdo a la Palabra de Dios y, a esa oración, el Señor dice a Su pueblo que diga: “Amén”.

Entonces, “amén” es un llamado a confiar en Dios. Todos los que han sido enseñados a orar por el Espíritu de Dios deben perseverar en tal oración, porque Dios responderá. Anímate. Dios es fiel en el Señor Jesús. Persevera en la fe para la extensión del reino de Dios. Continúa en fe procurando el honor de Dios. Sigue orando por los que te rodean y por tu iglesia, por sus miembros. Sigue orando por la iglesia que está siendo perseguida en todo el mundo. Pide que Su glorioso nombre sea exaltado. Persevera en oración porque los días son malos. Hay mucha confusión y engaño. Hay muchas necesidades, pero ponlas todas delante del Señor y concluye tu oración con “amén”, confiando en que Él lo escuchará porque “amén” es un llamado a confiar.

“Amén” es también un llamado a estar verdaderamente agradecido, reconociendo todos los beneficios que el Señor Jesucristo te ha dado y agradecerle por eso. Por este agradecimiento, debes decir “amén” en tus oraciones, sabiendo que Dios es fiel a Su causa. Considera los milagros por los cuales puedes estar agradecido: Que el Dios eterno se hizo carne y habitó entre nosotros, que entró en nuestras vidas para que tengamos vida eterna. Piensa en todas las exposiciones del Señor Jesús que nos fueron reveladas en el evangelio para que podamos meditar en ellas y en el hecho glorioso de que conquistó la muerte, venció la corrupción, se ganó la vida eterna y que promete hacer nuevas todas las cosas. Qué gran amor nos muestra Dios en la gloriosa victoria de Cristo, que Él compró todos los beneficios.

Qué bendición conocer esta salvación y que el Señor nos ha dado a maestros, ministros y sobre todo, Su santa Palabra. Cuando tenemos la gracia de Dios en nuestras vidas, nos damos cuenta del gran privilegio del cual Ezequiel 16 nos habla. Esas palabras se han cumplido en nuestras vidas. Allí, el profeta usa la ilustración de un bebé recién nacido que no es deseado, arrojado al desierto y a punto de morir. Así es como Dios nos vio a ti y a mí. “No hubo ojo que se compadeciese de ti para hacerte algo de esto, teniendo de ti misericordia; sino que fuiste arrojada sobre la faz del campo, con menosprecio de tu vida, en el día que naciste. Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres, y cuando estabas en tus sangres te dije: ¡Vive! Sí, te dije, cuando estabas en tus sangres: ¡Vive!” (Ezequiel 16:5–6). Dios entregó a Su Hijo para que muriera en tu lugar.

¡Qué milagro! Él te conoce desde antes de la fundación del mundo. Su espíritu ha entrado en tu corazón. Él ha abierto tus ojos por la gracia de Jesucristo. Él te ha dado un nuevo propósito en la vida. Ahora puedes conocer Su amor, el amor de Cristo en Su corazón. Él no te dejó a la merced de tus propias pasiones malvadas. Te guía diariamente, te da una consciencia limpia a través de la fe en Cristo. Te fortalece cada día en todas tus labores. Te ha dado a experimentar la comunión con Dios. “Serán completamente saciados de la grosura de tu casa, y tú los abrevarás del torrente de tus delicias”. Por todas esas razones, da gracias a Dios y puedes añadir “amén” a eso, sabiendo que es verdadero y seguro. Él siempre te ha provisto, muestra un agradecimiento verdadero.

¿Cuántas respuestas a la oración te ha dado el Señor? ¿Con qué frecuencia has llorado en las profundidades y Él te escuchó? Gracias a Dios que es fiel. Incluso en tiempos de aflicción, ¿no te ha animado? 2ª de Corintios 4:17: “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”. Qué cuidado tan continuo el de Cristo, que ahora mismo está obrando, preparando un lugar para ti en la casa de Su Padre y se aseguró de que no seas arrancado de Su mano, sino que te dará la victoria. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero. Cómo debemos dar gracias al Señor por toda Su bondad. Debemos agradecer al Señor por su Palabra.

Entonces, todas estas bendiciones fluyen de esa palabra “amén”. Son confirmadas por la palabra “amén”. Es pensar en todas las bendiciones y decir “amén” a ellas. La palabra “amén” es un llamado a la confianza. Es un llamado a estar agradecido, a darse cuenta de lo que Dios ha hecho. Esta palabra “amén” es un llamado a la adoración, a glorificar a Dios, a recordar Su amorosa bondad para que, a pesar de ser pequeños e indignos, podamos adorarlo por toda Su bondad y Su amor. Verás, es en ese momento en el que menguas.

Lo que Pedro dijo en Lucas 5:8: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”. Él quiso decir: “Tú y yo no encajamos. Soy tan indigno”. O, como el centurión romano dijo en Mateo 8:8: “Señor, no soy digno de que

entres bajo mi techo”, menguamos. Entonces, debemos adorar a Dios y, en consecuencia, todo en tu vida debe girar en torno a la gloria del nombre de Dios. Entonces tu vida no se trata de tu comodidad y placer, sino de Su honor. No soy importante, señor. Tu nombre es importante. Eres importante.

Cómo necesitamos la ayuda del Espíritu Santo para poder decir en abnegación que realmente lo adoraremos. Él es digno. No se trata de mí. Se trata de ti, oh Señor. Notas que el honor de Dios y la salvación del hombre, siempre se unen porque Dios salva para la gloria de Su nombre. Entonces, cuando decimos “amén” al final de nuestras oraciones, es un llamado a adorar a este Dios glorioso que hace el bien. Entonces, cuando el “amén” final suene, será en el cielo, donde todos los redimidos dirán: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”. Leemos en Apocalipsis 5:12-14 que todos estaban unidos para glorificar a Dios y adoraban al que vive por los siglos de los siglos. Amén.